



Capítulo 76 - ¿Estás vendiendo a tu hija por esto?

Vergil mantuvo sus ojos fijos en Raphaeline mientras su mente corría con estrategias.

Si expando el objetivo del corte... No, eso no funcionará. Ni siquiera puedo acercarme a ella. Su aura es vasta y opresiva, y cualquier intento de ataque se desintegraría antes de tocarla.

Sabía que una confrontación directa sería una sentencia de muerte. Raphaeline no era una oponente común; su presencia era imponente, y desafiarla de frente parecía una locura. Pero también comprendía que alguien tan irracional necesitaba ser confrontado. La mujer había vendido a su propia hija, y Vergil no podía dejar que eso quedara impune.



—Me miras demasiado, muchacho. Te vas a enamorar —dijo Raphaeline con una sonrisa fría y provocadora. Esperaba desestabilizarlo, pero lo que vino después la tomó por sorpresa.

"Es cierto; eres una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida", respondió Vergil con ligereza, pero luego añadió: "Lástima que no tengas ni el 10% de la grandeza de Zafiro y solo el 5% de la increíble mujer que es Ada". Sus palabras cortaron como cuchillas, golpeando a Raphaeline en su punto débil.



Sus ojos brillaban con un brillo púrpura, el mismo que Vergil había visto en Ada. No cabía duda de que los temperamentos de madre e hija eran similares.

—Tienes agallas, chaval —dijo Raphaeline, con su aura intensificándose a cada segundo—. Y una completa falta de sentido común. ¿Por qué no dejas de hacer el tonto? Ambas sabemos que solo intentas provocarme.

Vergil, sin inmutarse, respondió con aún más audacia: "Sabemos que sólo quieres asustarnos, así que deja de actuar como un lunático".

"Madre..." murmuró Ada con voz temblorosa. A diferencia de Vergil y Katharina, quienes podían soportar la presión del aura de Zafiro, Ada no podía con la fuerza abrumadora de su propia madre. La tensión comenzaba a afectarla visiblemente.

Vergil notó la incomodidad de Ada y, en lugar de ceder, tomó una decisión. Infundió su propia aura, llenando la habitación con la calidez de su presencia. Era un calor que envolvió a las tres mujeres —Ada, Katharina y Zafiro— con una sensación de consuelo, como un abrazo tierno. Sin embargo, para Raphaeline, era como si cada sombra, cada miedo, intentara invadir sus barreras mentales.

'!!!'





La sorpresa llenó la sala. Las mujeres sintieron la calidez reconfortante de Vergil, pero Raphaeline... sintió el peso de algo mucho más oscuro.

—Basta. —La voz autoritaria de Zafiro cortó el aire, interrumpiendo el duelo invisible de auras. Su mirada estaba fija en Raphaeline—. No estás en tu propia casa. Comportate, niña.

El silencio invadió la sala. Raphaeline retrocedió un paso, y el choque de voluntades dio paso a una tensión aún palpable, pero contenida.

Vergil no dejó escapar el momento de control. A medida que la tensión en la habitación comenzaba a disiparse, observó a Raphaeline con atención. La pregunta que lo había estado rondando durante tanto tiempo resonó en su mente, y supo que era el momento perfecto para confrontarla.

—¿Por qué estás tan empeñado en casar a Ada con un heredero de los Arcontes? —preguntó Vergil directamente, con palabras tranquilas pero cargadas de curiosidad.

Raphaeline sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Fue un gesto frío y vacío, casi como si la insistencia de Vergil le divirtiera. Se encogió de hombros con indiferencia, como si el tema no fuera tan importante, a pesar de que todos sabían lo contrario.





"¿Siempre es así de directo?", preguntó al aire, con la voz cargada de sarcasmo. "Hay tradiciones que hay que mantener, ¿no crees? Las familias antiguas como la mía siguen un camino... digamos, muy específico. Y la unión de Ada con un heredero de los Arcontes garantizaría ciertos... beneficios. No debería ser tan difícil de entender."

Vergil no se dejó engañar por sus palabras vagas. Raphaeline estaba manipulando, intentando desviar la atención del verdadero motivo. Entrecerró los ojos, negándose a distraerse. "¿Beneficios para quién, Raphaeline? ¿Para ti? ¿Para Ada? ¿O para ese Arconte que parece estar detrás de todo esto?"

Raphaeline soltó una risa burlona y baja, cruzándose de brazos mientras miraba fijamente a Vergil, evitando deliberadamente la pregunta. «Te preocupas demasiado por cosas que no te incumben, muchacho. Ada se casará con quien yo decida. Y tú... no eres más que un obstáculo temporal. Tu encanto y tu provocación solo te llevarán hasta cierto punto».



El aura de Vergil se desvaneció brevemente, pero se tranquilizó rápidamente. Sabía que ella estaba evadiendo el asunto a propósito, y eso solo avivaba sus sospechas. ¿Por qué estaba tan obsesionada con esta alianza? Debía haber algo más profundo en juego, y no descansaría hasta descubrir la verdad.

Hablas como si ya hubieras tomado la decisión por Ada. Pero creo que ella tiene algo que decir al respecto, ¿no? —Miró a Ada, quien, a pesar de resistir visiblemente la presión de su madre, permaneció firme a su lado.



—He elegido mi propio camino, madre —dijo finalmente Ada, rompiendo el silencio con su voz—. Y no se trata de ser un peón en tus alianzas políticas. Si necesitas algo de mí, dilo claramente, o viviré con quien yo elija.

La expresión de Raphaeline se endureció. Respiró hondo; su compostura, antes inquebrantable, flaqueó un instante antes de recuperar el control. "¿De verdad crees que entiendes las consecuencias de tus decisiones, Ada? ¿Las responsabilidades que conlleva nuestro nombre, nuestro linaje? Hay mucho más en juego de lo que crees".

Vergil presentía que la verdadera respuesta estaba cerca, pero aún inalcanzable. Raphaeline se resistía a revelar su verdadera obsesión con los Arcontes. «Dime, Raphaeline», la insistió, «¿qué está en juego exactamente? Porque todo esto parece más que una simple tradición. Estás ocultando algo, y todos aquí lo saben».



Raphaeline suspiró frustrada. «Eres perspicaz, lo admito. Pero aunque quisiera, no podría contártelo todo. Ahora no. Hay fuerzas en juego que tú, en tu arrogancia, ni siquiera puedes empezar a comprender. Cosas que van mucho más allá de lo que este pequeño círculo puede ver. El matrimonio de Ada es más que una simple tradición. Es una necesidad».

Vergil se acercó lentamente, con la mirada fija en ella. "¿Y estas fuerzas te obligan a sacrificar a tu propia hija? Porque eso es lo que parece, Raphaeline."



Sus ojos brillaron brevemente con una mezcla de rabia y vacilación, pero mantuvo la compostura.

—Deja de mentirle, vieja puta. —La voz de Zafiro rompió la tensa atmósfera, rompiendo el momento—. Quiere casarse con Ada por una espada. La sala quedó en silencio.

Por un breve instante, Raphaeline perdió la compostura; sus ojos brillaron con una furia incontrolable. «Zafiro, ¿cómo te atreves...?», empezó a decir, pero la interrumpieron de nuevo, esta vez sin posibilidad de recuperar el control de la situación.

—Quiere casarse con Ada por una espada —continuó Zafiro con voz fría y desdeñosa, como si revelara un secreto antiguo y sucio. El silencio que siguió fue casi palpable; la tensión aumentaba a cada instante.

Vergil frunció el ceño; sus sospechas finalmente se concretaron. "¿Una espada?", preguntó, volviéndose hacia Raphaeline con renovada curiosidad. "¿Así que eso es todo? ¿Todo este teatro, toda esta presión, por una estúpida arma?"

Raphaeline permaneció quieta, con el rostro rígido y sereno, pero ahora sin la fachada de calma.





—No entiendes de qué hablas, Zafiro —replicó Raphaeline, endureciendo la voz mientras intentaba recuperar el control de la situación—. Esa espada es... mucho más que un arma común.

"Claro que sí", respondió Zafiro con una sonrisa burlona. "La Espada del Sol Naciente, una antigua katana, forjada, dicen, para la mismísima diosa del sol, Amaterasu. ¿Quién lo hubiera dicho, verdad?" Soltó una risa burlona, disfrutando claramente de la tensión que su revelación había causado. Su tono era desafiante, y la expresión de Raphaeline se contrajo ligeramente de irritación.

La ira de Vergil crecía con cada segundo que pasaba. Apretó el puño involuntariamente, la presión a su alrededor se intensificaba. La sola mención de esa espada y su propósito le hacía hervir algo en su interior. Miró a Raphaeline con los ojos encendidos de frustración y una pregunta silenciosa: ¿Cómo pudiste?



—Entonces es verdad —dijo Vergil en voz baja, pero cargada de furia contenida—. ¿Estabas dispuesto a usar a tu propia hija como arma? ¿Toda esta... toda esta manipulación, por una espada antigua? ¿Un trasto sin valor vale más que mi esposa?

Raphaeline mantuvo su postura rígida, pero algo en sus ojos brilló: una vacilación que no pasó desapercibida. Sintió que perdía el control. "Cállate, niña. No sabes nada", respondió con voz firme mientras intentaba recuperar el control. "Esa espada... es una reliquia con un poder que ni siquiera puedes imaginar. Debería haber sido mía desde el principio".



La atmósfera se volvió aún más densa, el aire a su alrededor sofocante. La furia de Vergil surgió como una tormenta inminente, su instinto asesino llenó el espacio. En una fracción de segundo, desapareció y reapareció justo frente a la Reina Demonio, a una distancia intimidante. Sus ojos brillaban con un deseo letal, y la tensión entre ellos era palpable.

"¿Así que esto es todo?", preguntó Vergil en voz baja pero amenazante. "Si mato a todos y me llevo la espada, te quedarás callado, ¿verdad?". El brillo en sus ojos era intenso, y su presencia era abrumadora.

Raphaeline, sorprendida por su velocidad, apenas tuvo tiempo de responder antes de continuar. Su confianza inquebrantable se reflejaba en cada palabra.

—Zafiro —ordenó Vergil, sin apartar la vista de Raphaeline—, anuncia un Armagedón de Sangre. Quiero enfrentar al tonto que se atrevió a soñar con casarse con mi Ada.

